

La sugestión de ideales en la educación moral

Las tesis originales, sostenidas en la educación y la herencia, conciernen por un lado á la comparación establecida por Guyau entre la sugestión y la educación, y por otro lado, el poder relativo de la educación y de la herencia. En lo que respecta á la introducción artificial en el cerebro, de ideas, basa su tesis en los efectos de la sugestión. Se pueden, dice, introducir artificialmente en el cerebro, ideas impulsivas ó represivas y darles una fijeza más ó menos grande. Compara, en el concurso de su obra, el cerebro del hipnotizado, con el cerebro del niño, para los efectos de la recepción de ideas. Si así sucede, el poder de la sugestión educativa está demostrado, pues es más fácil aún, obrar sobre un cerebro no formado todavía y en *devenir*, que sobre un cerebro formado y estable ya. En el hipnotizado, las ideas aisladas artificialmente de la masa y convertidas en predominantes, incluso en exclusivas, son como las únicas puertas abiertas á la actividad: así se precipita necesariamente por esas puertas que le quedan. En el niño toda idea nueva introducida por la educación y que esté en relación con la conducta, es un camino abierto á la voluntad. Algunos críticos poco reflexivos, los que se contentan con leer una frase y se ponen á disertar acerca de este texto, se han imaginado que Guyau proponía el hipnotizar á los niños para educarlos. Sin embargo, Guyau es el que ha indicado mejor que nadie el peligro de semejante procedimiento.

«Vale más, dice, á propósito de un experimento de Liébault, sobre un niño perezoso, dejar á un niño en la pereza que hacerle neurasténico». La verdadera sugestión, es, según él «la transformación por medio de la cual un organismo más pasivo, tiende á ponerse al unísono, con un organismo más activo; éste domina al otro y llega á reglamentar sus movimientos externos, sus voluntades, sus creencias internas». La relación con parientes respetados, con un maestro, con un superior cualquiera, debe producir sugestionen que se extienden después á toda la vida. La Educación tiene esos encantamientos, esos poderes de atracción, de que habla Callicleo en el Georgias, y que le sirven para domar, en caso necesario, cachorros de leones. Existen en el hombre, pensamientos que se trasmiten de individuo en individuo y de raza en

raza, con la misma fuerza que verdaderos instintos. Es preciso hacer que esos pensamientos, sean los más verdaderos y los más morales. Otra materia de controversia es el poder de la educación, á la que se opone el poder de la herencia. Esa antinomia, es precisamente la que inspiró á Guyau el título de su obra. Evolucionista, admitía la trasmisión por medio de la herencia, no sólo de las cualidades congénitas, sino de las adquiridas. Esta última trasmisión, es discutida por Weissmann y sus partidarios. Fiel á su principio general, Guyau concede el primer lugar á la educación moral. Esta cuestión le conduce á profundizar de nuevo el principio de moralidad y puede notarse en Guyau el progreso de su tesis, desde la «Esquisse d'une morale», á «Education et Heredité». En la Esquisse d'une morale, había insistido Guyau en el lado individual de la moralidad, concebida como la vida más intensa y expansiva. En Educación y Herencia, insiste sobre todo en el lado social de la moralidad, y esto es lo que constituye uno de los principales intereses del libro. Para Guyau la verdadera actividad del individuo, es su actividad social. Describe ese momento lejano aún, ese ideal límite que no puede alcanzarse completamente, en el cual los sentimientos de sociabilidad, habiendo llegado á constituir el fondo mismo de todo sér, fueran bastante poderosos para proporcionar la cantidad y cualidad de sus alegrías interiores en su moralidad, es decir, en su sociabilidad misma. La conciencia individual reproduciría tan exactamente la conciencia social, que toda acción capaz de alterar ésta, alteraría la otra en igual medida: «toda sombra proyectada al exterior, vendría á proyectarse sobre nosotros»; «el individuo sentiría en su corazón la sociedad viviente, entera». Explayando su tesis para la educación moral, dice Guyau, que «será el mejor aquel que tiene más conciencia de su solidaridad con los demás seres y con el todo». Además de la idea de solidaridad social, indica la importancia de la idea de moralidad. Este es uno de los más interesantes aspectos de la «Educación y la Herencia». Hay algo de chocante tanto para el pensamiento como para la sensibilidad en ser una monstruosidad, en no sentirse en armonía con los demás seres, etc. Desde ese punto de vista Guyau resume su moral en estos términos, que demuestran su carácter sociológico: «En una palabra, pensamos la especie; pensamos las condiciones bajo las cuales la vida es posible dentro de la especie; concebimos incluso la vida de la especie; concebimos la existencia de cierto *tipo normal de hombre* adaptado á esas condiciones; concebimos incluso la *vida entera*, como adaptada al *mundo*, y en fin, las condiciones bajo las cuales ésta adaptación se mantiene». Puede decirse que para Guyau la educación moral consiste especialmente en desarrollar en el espíritu del niño la representación de un yo ideal, que por la persistencia y la profundidad de su acción íntima, se convierta en la idea-fuerza directora de su conducta.

Ese *yo ideal*, es al mismo tiempo el *yo normal*. Además, y sobre todo, es necesario hacer comprender al niño que la realización de su yo ideal es posible tan solo por la realización de su yo social, es decir, por el ensanchamiento de sus simpatías ver-

daderamente humanas y de sus intereses verdaderamente humanos. Es preciso que el niño se sienta continuamente en comunicación estrecha con la sociedad entera de la cual forma parte, y que su yo se haga también cada vez más idéntico al de todos. «Hay algo de nosotros en los demás hombres, y con razón nos sentimos degradados á nuestros propios ojos por cualquiera que degrade la humanidad». Las reflexiones nuevas llenan las páginas en la moral de Guyau. En ellas se encuentra la aplicación del gran principio que domina la obra. «No siendo el deber más que la conciencia del deber superior, es preciso ante todo dar ese poder, ó al menos la persuasión de ese poder, que tiende á su vez á producirle». Para esto, es preciso realizar por de pronto en el niño una especie de equilibrio interno y de estabilidad en el querer; y es preciso al mismo tiempo hacer que ese equilibrio sea «armonía con los demás, sociabilidad». La fuerza moral, una vez acumulada, tiende á extenderse por sí misma. Formar á los niños una voluntad al mismo tiempo que un corazón, es el gran ideal de Guyau. Las páginas de este libro revisten continuamente el encantador ropaje de ideales que Guyau desea para el niño, y con él para la humanidad. La madre y la «religión materna» las cuenta en las primeras páginas, en párrafos poéticos y profundos. Cree que la «religión materna» es el primer y más importante influjo en la futura moralidad del niño, y deja en sus páginas el reflejo de sus recuerdos de niño, deseándolos para el hombre. Se desprende de la obra, que Guyau siguió hombre siendo casi como cuando fué niño.

Al respecto dice: «es preciso conservar en el corazón un rincón de verdor y de juventud; un rincón en el cual no se haya cosechado nada, en el cual pueda sembrarse siempre una planta nueva. Permanecer joven durante mucho tiempo; seguir siendo niño inclusive, por la espontaneidad y la afectuosidad del corazón; conservar siempre, no en su exterior sino en el fondo mismo de sí, algo de ligereza, de alegre y de alado, es el mejor medio de dominar la vida; «¿qué fuerza mayor puede haber que la juventud?».

Como antes decía, la autonomía más general del instinto y de la reflexión, ha suministrado á Guyau su más importante y repetido argumento. Según la escuela de la evolución la idea moral, proviene de un instinto y conducirá, en el porvenir, á un instinto más infalible. El único bien verdadero, para un ser viviente es en el fondo el máximo de goce; cuando los seres vivos forman una sociedad, hay en ellas condiciones de existencia colectiva y goce colectivo que necesariamente se imponen á los individuos; merced á las leyes de la herencia y de la selección natural, la sociedad acaba por imprimir en el organismo individual sus propias leyes de existencia y bienestar. La idea del bien moral y de la obligación, no es más que la conciencia refleja de las señales que en nosotros va imprimiendo el medio social; es un término medio, entre el instinto aún imperfecto

del pasado, y el instinto más perfecto que resultará en el futuro, del progreso mismo de las sociedades. Entonces, cuando este instinto, se haya formado, la reflexión se hará inútil; la moralidad será entonces *orgánica*, inherente á nuestro cerebro mismo. Esta misma sugestión de ideales surge en la mente de Spencer, cuando dice: «Llegará un día, en que el instinto altruista se habrá hecho tan poderoso, tan exclusivo, tan bien encarnado en nuestro organismo, que los hombres se disputarán las ocasiones de ejercitarlo, en las ocasiones de sacrificio y de muerte». Como se desprende de las teorías que sustentan Guyau y Spencer, el progreso moral, se realizará, pues, con la misma necesidad que el que preside la evolución de las especies vivas.

Agrega Spencer, que la moralidad, lejos de ser producto del arte, es una fase de la naturaleza «como el desarrollo del embrión ó la eclosión de la flor». Ahora bien, si Guyau y Spencer llevan hasta ahí sus ideales, los discípulos, llevando á la exageración esta tesis, en busca de ideales para la educación moral, dicen que el más alto grado de perfección para el hombre será un completo estado de automatismo, en el cual los actos intelectuales y los sentimientos se reducirán á puros reflejos. Todo esto hace suponer el lado contrario de lo que son los ideales de los moralistas citados. Si para el futuro la moralidad será un automatismo, cabe inducir que todo *hecho de conciencia*: todo *pensamiento* reflejo, supone una imperfección, un retraso, un alto, un defecto de organización. El ideal del hombre es pues convertirse en un autómatas inconsciente y maravillosamente complicado y unificado, un hombre máquina que hace lo que es mejor y más útil para la especie, sin tener siquiera necesidad de pensar en ello. Así pues, para llevar este sueño hasta el fin, el hombre de porvenir, si, por imposible, recibiese un bofetón en una mejilla, tendería la otra por un movimiento reflejo (Guyau).

En esa edad de oro de la humanidad, forzoso es imaginar que la idea de apoderarse del bien ajeno, no surgirá ni por asomo en la mente del hombre; las rivalidades por mil causas distintas habrían desaparecido; también lo que se refiere á honores, á los bienes de todas clases; podrían soportarse las enfermedades y la muerte con un estoicismo *automático*: y soñando aún con ideales que por su intenso contraste con nuestra época, revisten el carácter de verdadero *sueño ideal*, la no existencia de desigualdades sociales; la no existencia de honores, etc., traería aparejado el nivel de la sociedad; la igualdad de pareceres y fortunas y si es posible, la humanidad, no lamentaría en lo futuro los excesos de los que en nuestros tiempos se creen condenados por el infortunio y relegados como hombres, á un nivel bajo; no se produciría el choque de la sociedad de hombres trabajadores con la del elemento fracasado desde edad temprana. ¡Pero, tristemente se sueña con ideales que sugestionan, pero que no será fácil verlos realizados! Y si este máximun de perfección se cumpliera, se cumpliría el ideal del moralista y pensador Mandley; «se nacería para vivir y morir virtuosos». La herencia habría realizado el prodigio. Esta teoría

de la moral hereditaria, origina dos preguntas: ¿Hasta qué punto la moralidad puede hacerse instintiva, y hasta qué punto el instinto moral puede ser modificado por la reflexión?

Puede discutirse en primer lugar, desde el punto de vista de la psicología, la transformación futura de la moralidad en un instinto más ó menos inconciente. En la opinión de Wundt, no es cierto que la intuición misma del espacio sea innata: en todo caso las simples percepciones de los sentidos no lo son, á pesar de su constante repetición á través de los siglos: el ciego de nacimiento no tiene la percepción nativa de la luz, ni el sordo la del sonido. ¿Cómo, pues, hablar de intuiciones morales innatas, desde el momento que esas intuiciones suponen una multitud de representaciones complejas relativas al agente mismo, á sus semejantes, á sus relaciones con el mundo externo? Sin suponer intuiciones morales formadas ya, puede admitirse con Guyau, una disposición hereditaria á la dulzura y á la bondad; el cordero nace dulce y pacífico; en tanto que el tigre nace violento y sanguinario. Entre las hormigas, por la fuerza de selección natural, el instinto social ha llegado á impregnar tanto el ser entero hasta en sus miembros que, si se corta á una hormiga por medio del cuerpo, la cabeza y el corselete, que pueden andar aún, siguen defendiendo el hormiguero ó llevando á las ninfas á su asilo. Es este un grado, dice Guyau, al cual no ha llegado la moralidad humana en lo que tiene de instintivo; sería necesario que cada fragmento de nosotros mismos viviese y muriese por el prójimo; que nuestra vida se mezclase, hasta en sus orígenes últimos, con la vida social entera. Por medio de la herencia se han aclimatado ciertos animales domésticos: el perro nace «amigo del hombre»; con mayor razón el hombre podía nacer amigo del hombre. Parece pues ya igualmente falso negar con Wundt el poder de la herencia, ya el exagerado con Spencer, Darwin y Mandsley.

En cuanto al sueño de una moralidad automática es más inadmisibile aún. Goyau ha probado que una tal transformación de la moralidad es contraria á la verdadera ley de evolución. Implicaría cerebros tan perfectamente organizados por la herencia, que la reflexión y el esfuerzo no serían ya necesarios para adaptar el pasado al porvenir; pero tal resultado supone ya al *autómata moral*, puesto eternamente en un mundo detenido. Científicamente no es deseable esta detención. El hombre debe poder readaptarse á los cambios de medio; es decir, someterse á una flexibilidad que no sea sino una inteligencia y una reflexión cada vez más perfecta. El verdadero siglo de las luces, no está en el pasado ni en el presente; está en el porvenir, hacia la curiosidad eterna que mueve á los hombres al ensanche de la ciencia. No se va pues hacia el automatismo de la conciencia, sino hacia la clara conciencia. Si así sucede, ¿no se producirá una autinomia entre el instinto moral y esa conciencia cada vez más refleja hacia la cual marcha la humanidad? Es esta la más grave de las dificultades que suscita la teoría del progreso instintivo en moral. Guyau ha establecido que: «Todo instinto tiende á destruirse al hacerse consciente». Si la moralidad no es más que un instinto como los demás, que

lleva al individuo á sacrificarse en pro de su especie, tenderá á disolverse al adquirir la conciencia misma de su origen: las teorías de Darwin y de Spencer habrán contribuido precisamente á hacer imposible ese progreso moral que presentan como necesarios.

La moralidad no es sencillamente la intensidad de la vida; es la intensidad de la voluntad tendiendo á lo universal. Guyau ha demostrado perfectamente que la moral futura pondrá en relieve cada vez más el lado social del individuo, como también la independencia y el creciente valor del individuo en la sociedad; en una palabra, la armonía entre lo social y lo individual en las profundidades de la vida. La idea de *vida* encubriendo la de la *voluntad*. Guyau ha demostrado, para sostener su ideal de esa moral futura, que la voluntad normal, radical, es una voluntad de lo universal, una voluntad amante, y, en fin, medir con más precisión el valor de los actos y su relación con esta voluntad. En suma, las sugerencias de ideales morales, con que sueña Guyau para el futuro; ideales que dejan entrever días de más tranquilidad para el hombre; esas conclusiones á que llega el pensador y filósofo, como poeta y moralista, la traduce con sin igual franqueza amoldándola más ó menos á las frases siguientes: Una moral positiva y científica no puede dar al individuo más orden que ésta: desarrolla tu vida en todas direcciones; sé un *individuo* tan rico cuanto sea posible en energía extensiva é intensiva; para esto es el ser más *social* y el más *sociable*. En nombre de esa regla general, la moral podría prescribir al individuo ciertos sacrificios parciales y mesurados; podría formular toda la serie de deberes intermedios, entre los cuales se encuentra comprendida la vida ordinaria. Para que esta sea la realización ideal de esa moralidad, Guyau hace al hombre sugeto al *placer* del *riesgo* no al *temor* de él, como expresaba Pascal; porque aquel placer tiene importancia considerable en la esfera económica. No deberá hacer en el peligro que se corre por interés de alguien ó suyo propio, nada contrario á los instintos profundos y á las leyes de la vida. Lejos de eso, exponerse al peligro, es algo *normal* en un individuo bien constituido naturalmente; exponerse por los demás no es sino dar un paso más en el mismo camino. Cuando se ha aceptado el *riesgo*, cabe agregar, se ha aceptado también la muerte posible. El deber, cuando tiene algo de trágico, es decir, el deber en el estado agudo, forma parte de los acontecimientos trágicos que caen sobre la vida. En esas circunstancias hay muchos: el soldado, el marino, el médico, todos aquellos á quienes ata una obligación profesional, «todos los cautivos del deber». Aunque moralistas de talla, como Guyau, se sugestionen haciendo vívidos estos ideales morales, no dejarán de ver que son los ideales; es decir, más inciertos.

La sociedad futura será reflexiva, razonable, sobre todo si el espíritu positivo se extiende cada vez más; pero la reflexión, aquí

más que en ninguna otra parte, reaccionará contra el espíritu emprendedor. Hasta cierto punto, pues, es posible el *riesgo* cuando la duda no hace ver un fin próximo; pero, cómo se conducirá, por ejemplo, el agente moral, ante un sacrificio, y ante la certidumbre de que el sacrificio es definitivo? Entre la vida, cualquier vida que sirva, y la muerte voluntaria, sabiendo, viendo con los ojos ese fin, todos queremos más la vida. Para inmolarla á sabiendas, sería necesario encontrar algo más precioso que la vida; pero, empíricamente, nada hay tan precioso como ella; por lo menos, nunca se ha dado el caso de que del más allá vengan á decirnos que la otra que hay sea mejor que la presente. A pesar de todo, un ser moral, no halla razonamiento entre el *riesgo* y la muerte posible. En ciertos casos extremos, muy raros, desde luego, el problema moral no tiene solución racional y científica. So pena de conducirnos al infinito en reflexiones, el ideal de esta moralidad será factible en cuanto atañe á lo que, por nuestra constitución mental, vemos necesario para nosotros mismos. Esta ciencia positiva de las costumbres, en la que es posible hallar casos de *solución singular*, será siempre á la verdadera moral, lo que el polígono de un número creciente de lados al círculo que no puede llenar. La verdadera moral debe pues, (quimérica ó no, pero llevando en sí algo definitivo), determinar lo que debemos hacer no ya en vista de otra cosa, sinó para nosotros mismos, ó, si se quiere, para nosotros mismos tal como normalmente estamos constituídos.

Como se desprende, entonces, de estos ideales morales, ni una ni otra moral es completa. En su parte científica y cierta, la moral es completa: en su parte metafísica la moral es dudosa. Guyau comprueba el hecho y dice: «¿Qué podemos hacer para remediarlo? Nada; que nos baste, pues, una moral parcialmente cierta y parcialmente incierta. Nada indica que una moral puramente científica, es decir, únicamente fundada en lo que se sabe, deba coincidir de todo punto con la moral práctica». Hasta ahora en los casos en que la esfera de la *demonstración intelectual* no iguale en extensión á la esfera de la coacción moral, la costumbre, el sentimiento, el instinto, han conducido al hombre: se los puede seguir aún en lo futuro, con tal de que se sepa bien lo que se hace y que, siguiéndoles se crea obedecer, no á alguna obligación mística, sino á los más generosos impulsos de la naturaleza humana, al mismo tiempo que á las necesidades de la vida social.

A los estudios morales se enlazan eternamente los estudios pedagógicos. Es necesario acordarse en primer término del niño, cuando se plantean cuestiones morales, y más aún, cuando se plantean cuestiones ideales, que si en parte se realizan, tienen que moldearse, antes que en el hombre, en el cerebro del niño. Los sabios

de otro tiempo, como Helvecio, creyeron que la virtud y el talento, bien podían enseñarse por igual. En nuestros días, después de las investigaciones hechas acerca de la herencia, se han hecho afirmaciones bien contrarias; muchos sabios y filósofos están persuadidos ahora de que la educación es impotente para modificar profundamente, en el individuo, el temperamento y el carácter de la raza: «se nace criminal como se nace poeta» ha dicho Fouillée. Todo el *destino moral* del niño está contenido en el claustro materno, y después se desarrolla implacablemente en la vida. No hay remedio posible en la vida. No hay remedio para ese mal, común á todos los desequilibrados, locos, criminales, poetas, visionarios, etc.; «las razas descienden en la escala de la vida y de la moralidad á la vez, pero no vuelven á subir. Los desequilibrados están irremisiblemente perdidos para la humanidad; si se perpetúan por más tiempo es una desdicha para ella. «La familia Yuke, dice Guyau, que tenía como antepasado á un borracho, produjo en setenta y cinco años, doscientos ladrones y asesinos, doscientos ochenta y ocho inútiles» En la antigüedad familias enteras se declaraban impuras y proscritas; según los filósofos de la herencia, los antiguos tenían razón. Las maldiciones bíblicas se extienden hasta la quinta generación: la ciencia moderna tiene maldiciones del mismo género y justifica á los judíos por la nota de que todo carácter normal, bueno ó malo, tiende próximamente á persistir hasta la quinta generación, para borrarse después si es anormal. Así pues, ¡pobres de los débiles!, hay que eliminarlos y aplicarles sin piedad estas palabras de Jesús á la Cananea; del Jesús irritado é inclemente: «No conviene quitar el pan á los niños para echárselo á los perros». (Esta cita la reproduce Fereé, en *Sensation et Mouvement*; Jacoby, Déjerine, Ribot, y en fin los criminalistas italianos Lombroso, Ferri, Garófalo).

Pero á todo esto que habla tanto en contra de la perfección moral, Guyau contesta con la esperanza de que no dejará de hacer medios, que *dicten* al cerebro del hombre, restituyéndole la normalidad, *deberes artificiales*, ya que son muchos los que no están de acuerdo en que la educación y la herencia puedan corregir el instinto ó la maldad adquirida ó heredada. Procediendo con el ser humano como con una planta desplazada del medio normal, es probable, dice Guyau, sistematizando las sugerencias, crear por completo *deberes artificiales*. Guyau, identificando la memoria como la mayor parte de los psicólogos con la costumbre y el instinto, piensa que sería posible anular provisoriamente, ó, por lo menos, debilitar en un sonámbulo algún instinto, aún de los más fundamentales y obligatorios, como el instinto materno, el pudor, etc. Sería preciso saber, dice, si esa supresión del instinto dejaría ciertas huellas al despertar. Podía entonces experimentarse la fuerza de resistencia de los instintos, por ejemplo, los instintos morales,

y comprobar cuales son los más profundos y tenaces entre las tendencias altruistas y egoistas. Podríase en esa especie de memoria hereditaria que se llama moralidad, ver las partes sólidas y las más frágiles, añadidas más recientemente. Ha llegado hoy á demostrarse que con frecuencia se puede contrarrestar una manía ó una costumbre depravada por medio de una costumbre artificial creada durante la sugestión, durante el sueño hipnótico. La sugestión, pues, tendría influencias marcadísimas en la regeneración mental y moral. Pero, mientras la ciencia misma no se arriesgue á verificar con las palabras de Guyau, todo lo que hubiera de sublime para regenerar la moralidad disminuída por herencia ó por lo que sea, tengamos nosotros, los que miramos de frente al niño, que obedece nuestro mandato porque somos sus maestros, estas últimas palabras del gran hombre, poeta, moralista, filósofo y pensador, Guyau, que sabe inspirar con tanta fortaleza la sugestión de nuevos ideales: «No, ni siquiera uno de mis sueños se pierda tal vez; otros le recogerán, los soñarán después de sí, hasta que se concluyan un día. A fuerza de olas moribundas llega el mar á modelar sus orillas, á dibujar el lecho inmenso en el cual se mueve».

Noviembre 15 de 1909.

MARÍA TERESA CUELLO.